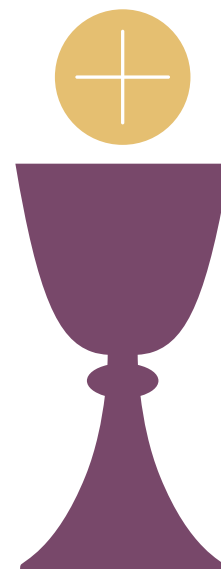


¿Quiénes son los santos eucarísticos?



Los santos eucarísticos ¿Quiénes son? ¿Serán los Apóstoles con los que Jesús compartió el pan y el vino en la Última Cena? ¿Son aquellos a quienes les lavó los pies y le oyeron decir la noche antes de morir: "Haced esto en conmemoración mía"?

Quizás los santos eucarísticos también deban incluir a los primeros misioneros que con el poder del Espíritu edificaron las comunidades de fe. La Eucaristía era el centro de la vida de estas comunidades. Se reunían los domingos para "partir el pan" (*Hechos 2,42*). Al mantener vivo el recuerdo de lo que hizo Jesús, se regocijaban en la presencia del Señor resucitado y anticipaban esperanzados su próxima venida. Se destacan al inicio de nuestra tradición eucarística.

EN TIEMPO DE PERSECUCIÓN

Pero seguro que hay muchos más. ¿Son santos eucarísticos los mártires como san Ignacio de Antioquía (muerto en 170), que se veían a sí mismos y su terrible destino elevados por la Eucaristía? Condenado a muerte por su fe cristiana, Ignacio fue llevado encadenado desde Siria a Roma para ser ejecutado y arrojado a las fieras salvajes en el Coliseo. En el camino escribió: "Soy trigo de Dios, y estoy siendo molido por los dientes de las fieras para hacer el pan puro de Cristo".

PROTEGIDO Y PROTECTOR

Quizás santos eucarísticos son los que defendieron la Eucaristía con sus vidas como lo hizo San Tarsicio. Monaguillo de doce años, vivió en Roma durante la persecución de Valeriano (siglo III). Cuando llevaba la Eucaristía a los cristianos en la cárcel, fue detenido por un grupo de muchachos que le exigieron que les mostrara lo que llevaba. Pero no lo hizo. Enfurecidos, la ira de los muchachos se convirtió en violencia y asesinaron a Tarsicio mientras protegía la Sagrada Eucaristía.

O, por otro lado, podrían ser los santos que fueron protegidos por la Eucaristía, como santa Clara de Asís (1194-1253). Cuando soldados mercenarios invadieron Asís y fueron a saquear el convento, Clara se levantó de su lecho de enferma, tomó la custodia que contenía el Santísimo Sacramento y la puso en alto delante de ellos. Dieron media vuelta y se echaron a correr.

ALABANZA Y ADORACIÓN

¿Serán los santos que compusieron himnos a la Eucaristía, como lo hizo santo Tomás de Aquino (1225-1274)? Esta es la primera estrofa de su famoso "*Adoro te devote*":

Te adoro con devoción, Dios escondido,
oculto verdaderamente bajo estas apariencias.
A Ti se somete mi corazón por completo,
Y se rinde totalmente al contemplarte.

Tal vez son los santos que pasaron horas adorando el Santísimo Sacramento como san Pascual Bailón (1570-1592), un hermano lego franciscano español que eligió vivir en la pobreza. A menudo Pascual pasaba la noche entera en oración extática ante el Santísimo Sacramento. Es el santo patrono de los Congresos Eucarísticos.

VENGAN Y RECIBAN

¿Son los santos eucarísticos los hombres y las mujeres que fundaron comunidades religiosas dedicadas a la Eucaristía, como lo hizo san Pedro Julián Eymard (1811-1868) en el

siglo XIX en Francia? Fundó la Congregación del Santísimo Sacramento para llegar a los no creyentes y para preparar a los fieles a acercarse a la Eucaristía dignamente.

¿Son los pastores y los papas, como san Pío X (1835-1914), cuyas decisiones alentaron la participación eucarística? Pío X bajó la edad de la Primera Comunión a los siete años, porque tenía confianza en la fe de los niños pequeños. Instó también a todos los fieles a recibir la comunión con frecuencia, no solo una vez al año o un par de veces al año, como había sido la costumbre. Gracias a él, muchos católicos en el siglo XX volvieron a la antigua práctica de recibir la comunión todos los domingos.

MINISTERIO Y MISIÓN

Quizás los santos eucarísticos son aquellos para los que la Eucaristía es central para la misión, como la beata Teresa de Calcuta (1910-1997). Su atención a los más pobres entre los pobres era constante y apasionada. ¿De dónde recibía tanta energía? Ella y sus hermanas, las Misioneras de la Caridad, encontraban la fuerza en la Eucaristía. “Jesús viene a la vida de cada uno de nosotros como “el pan de vida”, escribió la Madre Teresa, “para ser comido, para ser consumidos por nosotros. Así es como Él nos ama. Entonces Jesús se presenta en nuestra vida humana como el hambriento, el Otro, con la esperanza de ser alimentado con el pan de nuestra vida, nuestro corazón amando y nuestras manos sirviendo”.

SANTOS EUCHARÍSTICOS HOY

Por último, sí, tiene que haber “santos” eucarísticos hoy. Son los que llevan la Comunión a los enfermos o preparan a los niños que van a hacer su Primera Comunión o sirven como ministros extraordinarios de la Sagrada Comunión o desempeñan otras labores. Son los que personifican la caridad, el distintivo de la Eucaristía. Aunque la Iglesia no los ha declarado santos (dignos de devoción universal) su fe en Cristo y la Eucaristía brilla con fuerza.

En el correr de los años, hombres y mujeres se han reunido ante el altar de Dios para recordar y celebrar lo que Jesús ha hecho. El término comunión de los santos, *communio sanctorum*, incluye a las personas que la Iglesia ha canonizado, y a todos aquellos unidos que comparten las “cosas santas”, sobre todo, la Eucaristía. Los santos son aquellos que han sido testigos de Cristo entre nosotros, lleno de agradecimiento y alabanza. Todos somos santos eucarísticos, “los santos de Dios”, cuando participamos fielmente en los sagrados misterios de la muerte y Resurrección de Cristo, en la Eucaristía.

REFLEXIÓN

¿Qué significa la Eucaristía en mi vida? ¿Tengo una profunda reverencia por la presencia de Cristo en la Eucaristía? ¿Siento que mi participación en la Eucaristía me vincula con otros en la comunión de los santos?

ACCIÓN

Esta Cuaresma, esfuérzate por asistir a misa con más frecuencia o pasar algún tiempo en oración ante el Santísimo Sacramento. Es una pequeña inversión de tiempo que puede producir una gran recompensa.

ORACIÓN

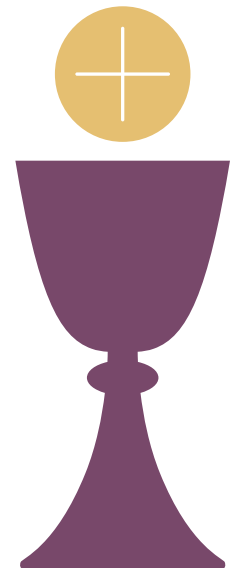
¡Apóstoles y Evangelistas, rueguen por nosotros!
 ¡Santos mártires y testigos de Cristo, rueguen por nosotros!
 ¡Santos que dieron forma a la Iglesia y cambiaron el mundo, rueguen por nosotros!

AUTORA ■ Rita Ferrone es una galardonada escritora y conferencista sobre liturgia, catequesis y la renovación de la Iglesia Católica.

Copyright © 2013 de Paulist Evangelization Ministries. Todos los derechos reservados. *Nihil obstat*: P. Christopher Begg, S.T.D., Ph.D., Censor Deputatus. *Imprimatur*: Reverendísimo Barry C. Kestout, obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Washington, 20 de marzo de 2013. El *nihil obstat* y el *imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto está libre de errores doctrinales o de moral. No implican de forma alguna que quienes han otorgado el *nihil obstat* e *imprimatur* están de acuerdo con el contenido, las opiniones o declaraciones expresadas. Publicado por Paulist Evangelization Ministries, 3031 Fourth St., NE, Washington, DC 20017, www.pemdc.org

Eucaristía, ancla de mi vida de oración

La oración, nos dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*, es la "relación viviente y personal con el Dios vivo y verdadero" (2558). La oración puede ocurrir en cualquier lugar y en cualquier momento. En la celebración de la Eucaristía, sin embargo, oramos de una manera incomparable.



JESÚS NOS ENSEÑA A REZAR

Jesús fue modelo de oración. A lo largo de su vida terrena, en su relación íntima y amorosa con Dios Padre se podía ver cómo oraba. Sus discípulos fueron testigos cuando le daba gracias y lo alababa llamándolo "Abba", Papá celestial, en busca de ayuda. Con frecuencia sacaba tiempo para ir a "un lugar solitario" y rezar. Iba a la sinagoga y al Templo también, y compartía los ritos de oración del pueblo judío.

Jesús formó a sus discípulos en los modos de oración. Los instó a ser persistentes en la oración y a evitar mostrar su piedad para lograr el reconocimiento de los demás. Les enseñó que la humildad es esencial a la oración. Debían usar pocas palabras y rezar con el corazón. Cuando sus discípulos le preguntaron: "Enseñanos a orar", Jesús les dio la Oración del Señor (el Padre Nuestro), piedra angular de toda oración cristiana.

Antes de su pasión y muerte, Jesús pasó la noche en oración intensa en el Huerto de Getsemaní. Desde la cruz, clamó utilizando las palabras del Salmo 22: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Estas palabras de una oración de la Sagrada Escritura llevaron su angustia a Dios en el momento de su mayor dolor y desolación.

Después de la Resurrección, los dos discípulos de Emaús reconocieron a Jesús cuando "pronunció la bendición" y partió el pan. En este sencillo rito de bendecir lo que iban a comer, lo reconocieron como el Cristo resucitado.

¿Qué nos dice el ejemplo y la enseñanza de Jesús sobre la oración acerca de la Eucaristía?

TRES LECCIONES PARA NUESTRA ORACIÓN

En primer lugar, *la Eucaristía no puede ser la suma total de nuestra oración*. Al igual que Jesús iba a "un lugar solitario" para orar, y recomendó a sus discípulos que dedicaran tiempo a rezar "en secreto", debemos proceder a encontrar tiempo, fuera de la misa, para la oración personal. En los momentos de inmenso sufrimiento o de gran alegría, la oración del corazón puede surgir espontáneamente. En otras ocasiones, los hábitos de oración nos ayudan a permanecer en sintonía con la cercanía de Dios y Su cuidado por nosotros.

Sin embargo, Jesús también atesoraba la oración ritual, la oración comunitaria. La oración ritual habitual era parte de la estructura misma de su vida, y debe seguir siéndolo de la nuestra. La Eucaristía nos recuerda lo que Jesús dijo e hizo en una comida ritual, la Última Cena. Así, en segundo lugar: *la oración personal y privada no es un sustituto para la liturgia*. A veces uno oye a la gente decir: "Puedo rezar en casa. ¿Por qué debo ir a misa?". Tal actitud no tiene base en la vida de Jesús. En efecto, nos encontramos con Jesús, el Señor Resucitado, cuando partimos el pan de la Eucaristía.

Tercero, para acercarse a la Eucaristía en espíritu de oración es necesaria la humildad de corazón al entrar en la presencia de Dios. Los movimientos de oración durante la misa –adoración y alabanza a Dios, intercesiones por nuestras propias

necesidades o las necesidades de los demás, acción de gracias o gratitud después de recibir la Santa Comunión– fluyen más libremente cuando se rezan con un corazón humilde.

LA ORACIÓN COMO DON

San Pablo instó a la comunidad de los creyentes a que “oraran sin cesar”, y señaló que la acción del Espíritu Santo nos capacita para orar. Cuando no podemos orar, o no sabemos cómo hacerlo, el Espíritu intercede por nosotros (*Romanos* 8,26-27). Esta confianza en la iniciativa de Dios y Su papel en darnos la posibilidad de orar ha permitido a los cristianos en el curso de los siglos considerar la oración como un don. Incluso si practicamos disciplinas de oración y nos esforzamos por ser fieles y constantes en la oración, sabemos que esto sería inútil si Dios no deseara una relación con nosotros primero.

“La maravilla de la oración se revela junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano. Es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. Jesús tiene sed, su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea. La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él”. (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2560).

LA EUCHARISTÍA, EL SACRAMENTO DE LA PRESENCIA DE CRISTO

La Eucaristía es la gran plegaria litúrgica de la Iglesia. Dentro de la celebración, el sacramento de la presencia de Cristo, ofrecido y recibido en la Sagrada Comunión, puede tener un efecto profundo en nuestra vida de oración.

¿Qué sucede cuando recibimos la Sagrada Comunión? En lo físico nos hemos comido un poco de pan y un trago de vino tomado de una copa común. Sin embargo, por la fe creemos que algo más profundo ha ocurrido: Cristo resucitado viene a nosotros. El Dios vivo y verdadero se ha entregado a nosotros. Dios ha tomado la iniciativa. Cuando recibimos la Eucaristía en fe, respondemos a esa iniciativa, diciendo sí: “Amén”.

La Eucaristía nos ancla cada semana, o incluso diariamente si esa es nuestra práctica, en lo que es más importante en la vida: nuestra relación con el Señor Resucitado, quien continuamente nos busca. A pesar de nuestros pecados, él anhela “entrar en nuestra casa” y habitar con nosotros. El libro del *Apocalipsis* dice: “Mira que estoy a la puerta y llamo: si uno escucha mi voz y me abre, entraré en su casa y comeré con él y él conmigo” (*Apocalipsis* 3,20). Y cuando salimos de misa fortalecidos en la fe, tenemos confianza en que el Espíritu del Señor resucitado, a quien hemos encontrado en la Eucaristía, estará allí para guiarnos y fortalecernos cada día de la semana.

REFLEXIÓN

¿Qué momento de la liturgia te parece que conduce más a la oración? Cuando dices “Amén” al Cuerpo y la Sangre de Cristo, ¿qué significa eso para ti?

ACCIÓN

Saca unos minutos para rezar antes y después de la misa. Mediante la preparación para celebrar la Eucaristía, hacemos que la celebración dé frutos. Después de la misa, toma un momento para dar gracias por las formas en las que has vivido la presencia de Cristo en la liturgia.

ORACIÓN

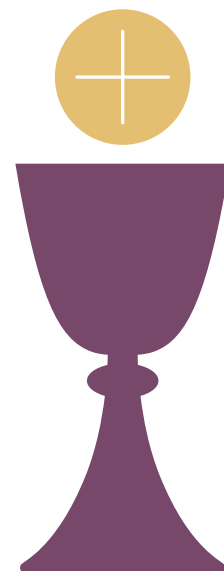
Dios de amor, gracias por darnos la Eucaristía para anclar toda nuestra oración en el don de Jesús. Abre mi corazón a una relación más profunda con él. Ayúdanos, por medio del Espíritu Santo, para sentir su cercanía y decir “Amén” a la vida que solo Tú nos puedes dar.

AUTORA ■ Rita Ferrone es una galardonada escritora y conferencista sobre liturgia, catequesis y la renovación de la Iglesia Católica.

Copyright © 2013 de Paulist Evangelization Ministries. Todos los derechos reservados. *Nihil obstat*: P. Christopher Begg, S.T.D., Ph.D., Censor Deputatus. *Imprimatur*: Reverendísimo Barry C. Knestout, obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Washington, 20 de marzo de 2013. El *nihil obstat* y el *imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto está libre de errores doctrinales o de moral. No implican de forma alguna que quienes han otorgado el *nihil obstat* e *imprimatur* están de acuerdo con el contenido, las opiniones o declaraciones expresadas. Publicado por Paulist Evangelization Ministries, 3031 Fourth St., NE, Washington, DC 20017, www.pemdc.org

La Pascua cada Domingo

"Qué momentos maravillosos hemos compartido". "¡Date prisa, llegas tarde!". "El tiempo se detuvo". "Estoy contando los días hasta que mis hijos regresen". "¿Llegará mañana al fin?". "Sé que mis días están contados". "Ella está mirando el reloj". "Tranquilo, tenemos todo el tiempo del mundo".



La vida humana existe en el tiempo. La vida de cada persona se desenvuelve en un tiempo formado por un número finito de días, semanas, meses y años. Sin embargo, todo el tiempo no es el mismo. Hay momentos en los que estamos impacientes y ansiosos de que pase el tiempo. En otras ocasiones, el tiempo parece "no pasar": el momento está lleno de serenidad, completo y entero. En la vida diaria podemos tener dificultades para administrar y organizar el tiempo, mantenernos al compás del paso del tiempo, y usar nuestro tiempo sabiamente. Sin embargo, también hay ocasiones en que el tiempo parece ser puro don. El tiempo es el tema de algunas de nuestras más profundas angustias y pesares, pero también el contenedor de nuestras alegrías, promesas y esperanzas.

LA ETERNIDAD, LA CREACIÓN Y EL TIEMPO

Ser humano es vivir en el tiempo, pero también anhelar la eternidad. Nuestra naturaleza tiene la capacidad de saber que nuestra vida limitada y encerrada en el tiempo no es todo lo que hay. Dios es eterno; existe fuera del tiempo. Estar en relación con Dios es por lo tanto tocar la eternidad. La fe cambia el panorama de nuestra imaginación, y eso nos permite descubrir el tiempo en nuevas maneras, no como una mera sucesión de días, sino como un don de nuestro Creador.

En el relato de la Creación en *Génesis* leemos que el día y la noche se formaron bajo la guía de Dios. Cuando el relato bíblico dice: "Llegó la noche y siguió la mañana", este dicho no es solo una declaración de la realidad. Es un testimonio de la belleza y

el orden que Dios ha impuesto a nuestro mundo. Los días se suceden, el mundo es creado y "Dios vio que era bueno".

No es de extrañar, por lo tanto, que los creyentes entiendan y perciban el tiempo a la luz de la fe. Los patrones por los que organizamos y vivimos nuestro tiempo no son funcionales o meramente prácticos, sino que expresan un punto de vista lleno de fe sobre el significado de la vida.

LOS ORÍGENES DEL DOMINGO

Los cristianos heredaron de sus antepasados judíos una semana de siete días, que corresponden a los siete días descritos en la historia de la Creación en la Biblia (*Génesis* 1,1-2,1). Lo que la Iglesia trajo a esta experiencia del tiempo, sin embargo, fue un elemento nuevo y transformador: la Resurrección de Jesús. Cristo resucitó de entre los muertos "el primer día de la semana", el domingo. Así, mientras el pueblo judío centraba su semana en el sábado, el día en el que Dios descansó, en la semana del cristiano el domingo se convirtió en el punto cumbre, a causa de la Resurrección. El domingo era –y sigue siendo– nuestra celebración semanal de la Pascua.

Para los Padres de la Iglesia, el domingo también tenía un significado místico. Era "el octavo día", que apunta a la realización futura de todas las promesas de Dios al final de los tiempos. Sabiendo que Dios creó la luz en el primer día de la Creación, señalaron el hecho de que Jesús resucitó de entre los muertos en "el día de la luz". El domingo, en esta perspectiva mística,

la creación y la redención se encuentran. La esperanza de la gloria futura llena el corazón de los fieles. Tocaron la eternidad.

LA RENOVACIÓN DEL DOMINGO

El beato Juan Pablo II examinó el rico significado teológico del domingo en su carta apostólica sobre *Santificar el Día del Señor* (1998). Ofreció orientación pastoral para fortalecer nuestra experiencia del domingo, poniendo la celebración de la Eucaristía en el centro. Nos pidió que el domingo fuese renovado en la vida de los fieles como un “día de alegría, descanso y solidaridad”.

El domingo es el día en que toda la Iglesia se reúne para la asamblea eucarística. Es un día de alegría, cuando somos más conscientes que nunca de que el Señor Resucitado está entre nosotros. “El carácter festivo de la Eucaristía dominical expresa la alegría que Cristo transmite a su Iglesia por medio del don del Espíritu”, escribió Juan Pablo II, “La alegría es precisamente uno de los frutos del Espíritu Santo (cf. *Romanos 14,17; Gálatas 5,22*)” (56).

En el ritmo de trabajo y descanso, el domingo también juega un papel esencial. “El descanso es una cosa ‘sagrada’, siendo para el hombre la condición para liberarse de la serie, a veces excesivamente absorbente, de los compromisos terrenos y tomar conciencia de que todo es obra de Dios” (65).

Por último, el domingo es un día para las obras de misericordia, el amor y el servicio. Compartir lo que tenemos con los más pobres ha sido parte de la vida cristiana desde el principio, como lo explica Juan Pablo: “lejos de promover una mentalidad reductiva sobre el ‘óbolo’, [San Pablo] hace más bien una llamada a una exigente *cultura del compartir*, llevada a cabo tanto entre los miembros mismos de la comunidad como en toda la sociedad” (70).

Santificar el día del Señor es honrar los valores cristianos: rendir culto a Dios es central, y el cuidado de nosotros mismos y de la solidaridad con los demás completan el cuadro.

MISA DOMINICAL

La Eucaristía se puede celebrar en otros días también, por supuesto. Sin embargo, las cualidades únicas del domingo lo convierten en el escenario principal de la celebración de la Eucaristía (la misa del sábado por la noche se incluye como parte del domingo, en el calendario de la Iglesia). La Eucaristía, a su vez, da al domingo su más profundo significado. Cristo ha resucitado y está en medio de nosotros.

Para la gente de hoy en día que lleva con frecuencia una vida ocupada y llena de tensiones, el domingo puede ser un verdadero regalo. La participación en la misa dominical, para celebrar el Día del Señor, nos vuelve a llamar a la conciencia de Dios, de la salvación en Cristo, y el horizonte eterno de nuestra fe.

REFLEXIÓN

Haz un inventario de las cosas que normalmente haces los domingos. ¿Cuáles son los puntos sobresalientes? ¿Los puntos débiles? ¿Qué podría hacer de este día, más verdaderamente la “luz del día” para ti?

ACCIÓN

Pon más alegría en tu domingo. Elige hacer algo que te traiga alegría y disfrútalo el domingo. ¿Podría ser esa una acción de compartir?

ORACIÓN

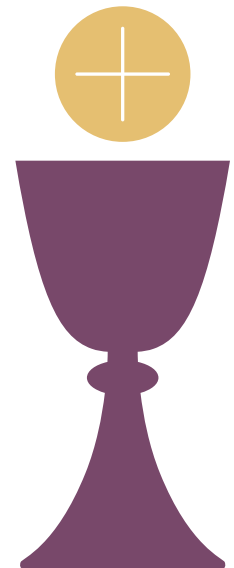
El Dios de la Creación, gracias por el regalo del tiempo. Ayúdame a apreciar los ritmos de mi vida y a honrarte con todos ellos. Quiero ser siempre consciente de la Resurrección de tu Hijo que ilumina nuestros días y nos atrae hacia su maravillosa vida.

AUTORA ■ Rita Ferrone es una galardonada escritora y conferencista sobre liturgia, catequesis y la renovación de la Iglesia Católica.

Copyright © 2013 de Paulist Evangelization Ministries. Todos los derechos reservados. *Nihil obstat*: P. Christopher Begg, S.T.D., Ph.D., Censor Deputatus. *Imprimatur*: Reverendísimo Barry C. Knestout, obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Washington, 20 de marzo de 2013. El *nihil obstat* y el *imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto está libre de errores doctrinales o de moral. No implican de forma alguna que quienes han otorgado el *nihil obstat* e *imprimatur* están de acuerdo con el contenido, las opiniones o declaraciones expresadas. Publicado por Paulist Evangelization Ministries, 3031 Fourth St., NE, Washington, DC 20017, www.pemdc.org

La oportunidad de toda una vida

Cuando alguien tiene una buena noticia para nosotros, ¿qué podemos esperar? ¿Un bono? ¿Algún beneficio inesperado? ¿La oportunidad de toda la vida? La Buena Nueva de Jesucristo es esas tres cosas en una sola: un don maravilloso, algo bueno más allá de nuestros sueños, dado libremente, la oportunidad de toda la vida para la felicidad eterna. ¿Por qué, entonces, somos tan tímidos de proclamarla?



ATASCADOS EN EL SALERO

Somos enviados a evangelizar: a anunciar la Buena Nueva de la salvación en Jesucristo. El Evangelio dice que somos la “sal de la tierra”. Nuestra vocación nos convierte en un ingrediente dinámico y sabroso que pondrá en evidencia lo que es mejor en el mundo que nos rodea. La Buena Nueva es nuestra para que la compartamos. Pero a menudo dudamos. Somos sal... pero nos quedamos atascados en el salero.

Hay varias razones para esto. Estas son algunas de las más comunes, junto con algunas razones por las que no debemos contenernos.

No es como me criaron. Lo cierto es que algunos de nosotros fuimos llevados a la iglesia cuando éramos bebés en los brazos de nuestros silenciosos padres y abuelos quienes creían que si moríamos antes de que nos “echaran el agua” iríamos al limbo. Las generaciones anteriores esperaban estabilidad, tradición. Heredaste tu religión como heredaste ser mexicano, cubano, italiano o puertorriqueño. Todo el mundo era algo. Tú eras católico.

Piensa en ello, sin embargo. Muchas cosas han cambiado desde entonces. La religión ya no es algo que se da por hecho, transmitido por generaciones que se remontan a tiempos inmemoriales. El número de no creyentes y los que no pertenecen a ninguna religión crece rápidamente. Muchos están buscando la fe. Necesitamos más que nunca extendernos, dar testimonio e invitar.

No quiero parecer un evangelista fanático. Uno de los efectos de la privatización de la religión es que algunas personas consideran que es de mal gusto hablar de la fe. Cualquiera que quiera compartir lo que cree, en este tipo de mentalidad, es sospechoso de ser fanático, anormal.

¿Pero es esto realmente así? La religión es interesante. La fe es una ventaja en la vida. En general, las personas que tienen una comunidad de fe viven más tiempo, son más saludables y son más felices que aquellos que no lo hacen. ¿Por qué no querer hablar de ello? Tal vez en algún momento de tu vida fuiste acorralado por alguien que trató de convertirte, y juraste que no le harías lo mismo a nadie. Bien. Sin embargo, ábrete a la guía del Espíritu Santo. El Espíritu te dará las palabras adecuadas para compartir tu fe, de manera genuina y convincente. Tal vez te sorprenda cuánto tiempo continúa la conversación, y cuánto interés hay en lo que tienes que decir.

Se siente como un riesgo. Casi todos sentimos algo de ansiedad al compartir algo tan personal como nuestra fe. Supongamos que comparto esta parte preciosa de mi vida con mi amigo no creyente o compañero de trabajo o miembro de la familia que ya no son practicantes y lo rechazan. ¿No están también rechazándome? Supongamos que se burlen de mí o me pregunten algo que no puedo responder. ¿Voy a quedar como un tonto?

A decir verdad, siempre existe la posibilidad de que compartir la Buena Nueva no dé los resultados que deseamos –al menos no inmediatamente. No controlamos la reacción de la gente. Pero tenemos que confiar en que Dios estará allí para ayudarnos.

Compartir la Buena Nueva nos obliga a dar un paso de fe y tomar un riesgo. Pero el riesgo es pequeño en comparación con las ganancias potenciales. Es poco probable que hagas el ridículo. Pero supongamos que lo hagas. ¡Mejor ser un tonto por Cristo que sal que no da sabor en el salero!

TESTIMONIO E INVITACIÓN

Compartir la Buena Nueva es un acto de fe. Sin embargo, proclamar la Buena Nueva de Jesucristo no tiene que ser abrumador. Puede ocurrir con mucha naturalidad, mediante el testimonio de vida y la invitación.

Los que viven su fe con sinceridad y alegría ya dan el testimonio más importante: el testimonio de vida. Con su compromiso sencillo y espontáneo a todo lo que es bueno y verdadero en el mundo que los rodea, con su alegría y compañerismo hacia otros creyentes, con su confianza en las promesas de Cristo y en la verdad que trasciende sus luchas actuales ofrecen un ejemplo de fe a la vista de todos. El testimonio de vida es la piedra angular para proclamar la Buena Nueva, porque le da carne al mensaje de la fe cristiana. Un ejemplo vale más que mil palabras.

El ejemplo solo, sin embargo, no es suficiente. El testimonio de vida debe ser complementado con la invitación a “venir y ver” quién es Jesucristo y de qué se trata su Reino.

¿Cómo invitar a otros a descubrir la fe en Jesucristo, para sí? Puede ser más fácil de lo que piensas. Estas son algunas sugerencias:

- Invita a alguien que te acompañe a una actividad en la iglesia y habla con ellos sobre la experiencia vivida.
- Comparte algo de tu fe que te trae alegría; si es una buena noticia para ti, puede ser una buena noticia para alguien más.
- Escucha activamente, respeta la libertad de la otra persona y su camino.

- Habla de Jesús y de la Iglesia desde tu experiencia.
- Reza por la persona a la que deseas llegar.

Cualquier creyente puede dar testimonio e invitar. No se necesita preparación avanzada o destrezas especiales. Tampoco se requiere ser un santo perfecto. Personas ordinarias, falibles, imperfectas lo pueden hacer. El testimonio que damos no es de nosotros mismos, sino de Jesucristo quien nos ama. Y eso es una muy buena noticia.

REFLEXIÓN

¿Quiénes son las personas en mi vida que no tienen una iglesia hogar o que se han alejado de la participación activa en la Iglesia? ¿Entiendo y me identifico con sus preguntas y anhelos? ¿Cómo puedo ser un puente para ellos?

ACCIÓN

Decide qué paso concreto puedes dar esta semana para llegar a alguien con la Buena Nueva. Busca la guía del Espíritu Santo para que te ayude.

ORACIÓN

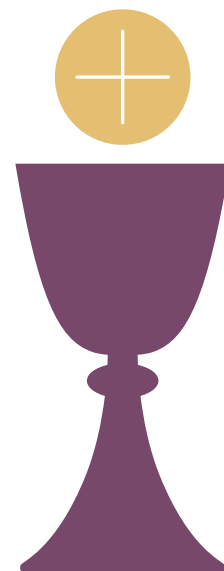
Espíritu Santo, lléname de tanta alegría en mi fe que quiera compartirla con los demás. Dame las palabras para hablar, el corazón para escuchar y el valor que necesito para reflejar tu amor. ¡Déjame ser tu testigo hoy!

AUTORA ■ Rita Ferrone es una galardonada escritora y conferencista sobre liturgia, catequesis y la renovación de la Iglesia Católica.

Copyright © 2013 de Paulist Evangelization Ministries. Todos los derechos reservados. *Nihil obstat*: P. Christopher Begg, S.T.D., Ph.D., Censor Deputatus. *Imprimatur*: Reverendísimo Barry C. Knestout, obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Washington, 20 de marzo de 2013. El *nihil obstat* y el *imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto está libre de errores doctrinales o de moral. No implican de forma alguna que quienes han otorgado el *nihil obstat* e *imprimatur* están de acuerdo con el contenido, las opiniones o declaraciones expresadas. Publicado por Paulist Evangelization Ministries, 3031 Fourth St., NE, Washington, DC 20017, www.pemdc.org

Ser pan para los demás

“Lo que los primeros cristianos hacían ante el altar de Dios, en el acto central del culto cristiano, también lo vivían diariamente. Comprendían perfectamente que la acción común de la adoración iba a ser la inspiración de todas sus acciones.



Sabían que el dar de sí mismos a Dios y a los hermanos en Cristo, de hecho, era una promesa solemne que hacían a Dios para vivir su vida en este mismo amor de Dios y de Sus hijos, de sus hermanos en Cristo, durante todo el día. De no ser así, su acción ante el altar de Dios sería solo palabras, una mentira delante de Dios” (*Orate Fratres*, Vol. XIV, febrero 1940, p. 156).

Así escribió Dom Virgil Michel, OSB, uno de los pioneros del movimiento litúrgico en Estados Unidos. Sus reflexiones sobre la liturgia –sus orígenes y significado actual– hacen hincapié en el Cuerpo Místico de Cristo, que es una manera de definir y entender la Iglesia. La unidad del Cuerpo místico, pensaba él, llama a todos los católicos a la práctica de la justicia. Los pobres y los oprimidos no se encuentran en alguna categoría diferente de personas, sino que forman parte de ese mismo Cuerpo de Cristo que comparten los privilegiados y adinerados. El Cuerpo Místico de Cristo, que vivimos en la liturgia, hace de la justicia y el respeto a la persona algo esencial para los fieles. Compromiso con la liturgia, nos enseñó, es la vía necesaria para la transformación, lo que lleva a una sociedad más justa y pacífica.

La sierva de Dios, Dorothy Day, fue una de las personas notables persuadidas por la visión de Virgil Michel. Cofundadora del movimiento del Trabajador Católico, Dorothy había sido influida por la espiritualidad benedictina que valora la oración y el trabajo y los unifican en las prácticas de la vida cotidiana. Bajo la influencia de Virgil Michel, comprendió el papel de la liturgia en la construcción de una sociedad justa. El movimiento del Trabajador Católico que

comenzó en 1933 con sus filas de pobres esperando una taza de café, casas de hospitalidad y cooperativas agrícolas, pueden parecer lugares sorprendentes para la piedad litúrgica, sin embargo, una fuerte alianza se formó allí. Casas del Trabajador Católico en St. Louis, Detroit, Nueva York y otras ciudades, incorporaron la Sagrada Escritura, el Oficio Divino y la Eucaristía en su rutina diaria.

LA MISIÓN SOCIAL DE LA IGLESIA Y TÚ

A partir del siglo XIX, con la encíclica del Papa León XIII *Sobre el capital y el trabajo*, los papas y los obispos han dado voz a la doctrina de la Iglesia sobre la misión social en el mundo moderno. El cuerpo de enseñanzas resultante, llamado Doctrina Social Católica, ha llevado la luz del Evangelio a enfocar los problemas severos y continuos de la vida moderna. La industrialización, la urbanización, los cambios en los medios de producción y la distribución de los bienes terrenales, así como los horrores de la guerra moderna, han requerido una respuesta disciplinada y bien pensada.

La Doctrina Social Católica deja claro que la caridad personal por sí sola no es suficiente para la tarea que como seguidores de Cristo se requiere para construir el Reino de Dios. Los miembros del Cuerpo de Cristo también deben estar comprometidos con la transformación de las estructuras injustas de la sociedad, de modo que se promueva el bien común en todas las esferas de la vida. Todas las personas comparten la responsabilidad de ayudar al prójimo a obtener lo necesario para la vida. Los

católicos también somos responsables de organizar nuestra vida en común de modo que corresponda, lo más posible, a las enseñanzas de Cristo sobre la misericordia y el amor.

Se deduce, por tanto, que los creyentes deben trabajar juntos para promover el bien común. Problemas generalizados requieren la respuesta llena de fe de los individuos, pero también requieren esfuerzos comunitarios organizados. Es muy raro que nosotros solos podamos encontrar la fuerza para hacer frente a los problemas sociales, ya sean en nuestro vecindario, lugar de trabajo, la familia o la comunidad en general. Sin embargo, como comunidad, podemos realmente llegar a ser pan para los demás.

Las personas que examinen su conciencia y presten atención a las necesidades de quienes los rodean, están también llamadas a unirse para hacer frente a esas necesidades. A veces, podemos hacer a un lado los temas del día porque parecen complicados y abrumadores. Lo que nos da valor, sin embargo, es la Eucaristía.

LA EUCARISTÍA Y LA MISIÓN SOCIAL DE LA IGLESIA

Lo que encontramos en la Eucaristía es la fuerza de los vínculos –mediante la fe y la vida de Cristo que nos da el sacramento. La Eucaristía nos fortalece para la labor de los valores evangélicos en el mundo en que vivimos. Las comunidades parroquiales, las diócesis, las agencias y los movimientos pueden ser el vehículo para trabajar juntos con el fin de alimentar al hambriento, vestir al desnudo, fomentar el respeto por toda vida humana y promover el bien común.

La Eucaristía nos da el rico testimonio, mediante signos y símbolos, de lo que significa ser Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo, empoderado para la misión. Al reunirnos en una mesa, comer de un mismo pan y beber de una copa común, nuestra unidad, nuestra unión en Cristo –está fuertemente simbolizada. Al darnos el saludo de la paz, somos renovados en la solidaridad, que nos da poder para ser sanadores y constructores de puentes. A medida que somos enviados

después de la celebración, se nos recuerda que Cristo estableció la Iglesia con la misión de traer el Reino de Dios. Es una misión que debemos realizar juntos, todos nosotros, día a día, para que el Espíritu de Dios obre entre nosotros y en nosotros para alcanzar la civilización del amor.

REFLEXIÓN

¿Dónde puedo escuchar un llamado específico para llevar los valores del Evangelio a mi mundo? ¿Cómo respondo a ese llamado? ¿Me veo dando excusas o posponiendo para mañana las acciones que estoy llamado a realizar hoy? ¿O acojo mi parte de la misión social de la Iglesia con entusiasmo y con facilidad?

ACCIÓN

Elige una acción que contribuya a la misión social de la Iglesia y realízala esta semana. Ya sea como voluntario durante una hora de servicio, compartiendo tus bienes materiales, u ofreciendo tu conocimiento y destrezas para hacer del mundo un lugar mejor, hazlo con espíritu de gratitud y alegría, el espíritu de la Eucaristía.

ORACIÓN

Señor Jesús, nos enseñas a buscar tu rostro en los más pequeños y humildes entre nosotros. Ayúdanos a ver las necesidades de nuestros hermanos y hermanas con el mismo amor y pasión con los que Tú los ves. Danos fuerza juntos, mediante la Eucaristía, para convertirnos en artesanos de la paz y constructores de puentes, ser tus manos y el corazón de nuestro mundo.

AUTORA ■ Rita Ferrone es una galardonada escritora y conferencista sobre liturgia, catequesis y la renovación de la Iglesia Católica.

Copyright © 2013 de Paulist Evangelization Ministries. Todos los derechos reservados. *Nihil obstat*: P. Christopher Begg, S.T.D., Ph.D., Censor Deputatus. *Imprimatur*: Reverendísimo Barry C. Knestout, obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Washington, 20 de marzo de 2013. El *nihil obstat* y el *imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto está libre de errores doctrinales o de moral. No implican de forma alguna que quienes han otorgado el *nihil obstat* e *imprimatur* están de acuerdo con el contenido, las opiniones o declaraciones expresadas. Publicado por Paulist Evangelization Ministries, 3031 Fourth St., NE, Washington, DC 20017, www.pemdc.org

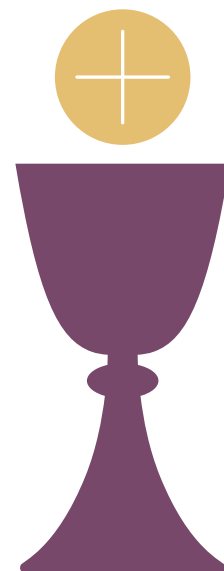
Eucaristía, anticipo de la vida eterna

No hay un tema tan doloroso y difícil de comprender como el tema de la muerte. Y no hay una declaración de Iglesia más sensible sobre este tema que la que ofrecieron los Padres del Concilio Vaticano II (1962–1965) en la *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno*:

“El máximo enigma de la vida humana es la muerte. El hombre sufre con el dolor y con la disolución progresiva del cuerpo. Pero su máximo tormento es el temor por la desaparición perpetua. Juzga con instinto certero cuando se resiste a aceptar la perspectiva de la ruina total y del adiós definitivo. La semilla de eternidad que en sí lleva, por ser irreductible a la sola materia, se levanta contra la muerte. Todos los esfuerzos de la técnica moderna, por muy útiles que sean, no pueden calmar esta ansiedad del hombre: la prórroga de la longevidad que hoy proporciona la biología no puede satisfacer ese deseo del más allá que surge ineluctablemente del corazón humano” (18).

Los Padres conciliares afirmaban que el deseo de la vida eterna es un anhelo profundamente humano que Dios el Creador puso en nuestra propia naturaleza. Y el temor a la muerte y las luchas que la rodean son algo que los creyentes comparten con todos los seres humanos.

Entonces, ¿qué puede la Iglesia aportar al mundo, más allá del compartir compasivo de nuestra condición humana que tenemos en común? Los Padres del Concilio fueron también muy claros: los cristianos son bendecidos con una esperanza segura y cierta de que la muerte no es el final. Por medio de la Revelación Divina sabemos que Dios ha preparado un glorioso destino para aquellos que lo aman. No estamos hechos para la muerte. Estamos hechos para la vida eterna con Dios. Este futuro se revela y se hace posible por medio de Jesucristo, nuestro Salvador.



SU PASIÓN Y MUERTE CONDUCEN A LA VIDA

Paradójicamente, Jesús nos mostró el camino a la vida eterna al aceptar una muerte terrible y humillante. La muerte de cruz era una de las formas más atroces de ejecución pública entre las que se practicaban en el antiguo Imperio Romano. Jesús no se alejó del dolor humano, redimiéndonos a una distancia segura. Más bien, atravesó directamente el peor sufrimiento físico y el abandono espiritual, dando su vida por el bien de todos nosotros. Y Dios lo resucitó.

La acción de Dios de resucitar a Jesús de entre los muertos ha tenido un profundo efecto en nosotros, aunque solo nos demos cuenta vagamente. Por la resurrección el futuro de Dios ha entrado en el tiempo y la historia. Realmente podemos tocar la vida y resurrección prometidas que nos esperan a todos, si creemos en el Señor Resucitado.

Con el fin de la Cuaresma y el inicio de la Semana Santa sabemos que la alegría de la Pascua se acerca. Pero hay que caminar primero con Jesús en la senda al Calvario. La senda hacia la Pascua pasa por el Viernes Santo. Creer en la verdad de la historia cristiana significa enfrentarse honestamente a la inevitabilidad de la muerte. Sin embargo, también significa aferrarse a la promesa de la vida eterna. Los cristianos en el trascurso de la historia han creído que al morir y resucitar, Cristo ha triunfado sobre la mismísima muerte. Y comparte su victoria con nosotros –el don de la vida eterna– en la Eucaristía.

UNA COMIDA VIVIFICANTE

“Jesús les dijo: ‘En verdad les digo que si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tienen vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre vive de vida eterna, y yo lo resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él’” (Juan 6,53–56).

En este pasaje, san Juan Evangelista nos relata una promesa asombrosa. Los que comen la carne y beben la sangre de Jesús estarán tan firmemente unidos a él que van a compartir su vida para siempre. El pasaje señala hacia la Eucaristía.

¡Qué regalo tan impresionante! Estas palabras deberían hacer que nos maravilláramos de lo que recibimos en la Eucaristía. Es realmente la comida que nos lleva a la unión con nuestro Salvador y nos da la vida divina, una vida que nunca pasará. Hoy en día, cuando compartimos la Eucaristía, comiendo el pan y bebiendo el vino consagrados, recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo Resucitado. Recibimos la vida de Cristo para que podamos permanecer siempre con él. Nuestra comunión con Dios por medio de Jesucristo, es más fuerte que la muerte.

Las palabras del Evangelio según San Juan nos interpelan con gran fuerza. Sin embargo, es importante recordar que el mensaje de la Resurrección también tiene un carácter social. Como el teólogo Thomas Rausch ha observado: “No vamos al cielo solos, sino acompañado por otros, los que hemos ayudado u obstaculizado en el camino a la vida eterna, cuyas vidas se entrelazan inseparablemente ahora con la nuestra”. El banquete eucarístico, compartido con los que están en el Cielo y en la Tierra, es una imagen perfecta de nuestra esperanza en la vida eterna. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos dice: “por la celebración eucarística nos unimos ya a la liturgia del Cielo y anticipamos la vida eterna cuando Dios será todo en todos” (1326).

REFLEXIÓN

¿Cómo pueden los sencillos dones de pan y vino conferir una vida que nunca acaba? Dedica tiempo para reflexionar sobre las promesas de Cristo. ¿Cómo puede ser la Eucaristía un anticipo del banquete del Cielo? Dedica tiempo para reflexionar sobre la ‘gran reunión’ que esperamos en la vida futura.

ACCIÓN

Las liturgias de Semana Santa nos pueden fortalecer en la esperanza de vida eterna. Este año participa tan plenamente como puedas. Cuando la Resurrección se anuncie en el Evangelio de la Pascua, da gracias por la vida que te trae.

ORACIÓN

Dios de esperanza, alegría y resurrección, gracias por la Eucaristía. Ponemos en tus manos todas las cargas que llevamos, todos nuestros miedos a la muerte y a morir. Abre tus manos, oh Señor de Vida, y aliméntanos una vez más.



AUTORA ■ Rita Ferrone es una galardonada escritora y conferencista sobre liturgia, catequesis y la renovación de la Iglesia Católica.

Copyright © 2013 de Paulist Evangelization Ministries. Todos los derechos reservados. *Nihil obstat*: P. Christopher Begg, S.T.D., Ph.D., Censor Deputatus. *Imprimatur*: Reverendísimo Barry C. Knestout, obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Washington, 20 de marzo de 2013. El *nihil obstat* y el *imprimatur* son declaraciones oficiales de que un libro o folleto está libre de errores doctrinales o de moral. No implican de forma alguna que quienes han otorgado el *nihil obstat* e *imprimatur* están de acuerdo con el contenido, las opiniones o declaraciones expresadas. Publicado por Paulist Evangelization Ministries, 3031 Fourth St., NE, Washington, DC 20017, www.pemdc.org

Vive
la Eucaristía®



OPORTUNIDADES PARA RENOVAR
LA FE DE TODA LA PARROQUIA

¡APÚNTESE
PARA

COMPARTIR
LA
ALEGRÍA
ESTA CUARESMA!

La alegría del Evangelio llena
el corazón y la vida entera de los
que se encuentran con Jesús.

— PAPA FRANCISCO

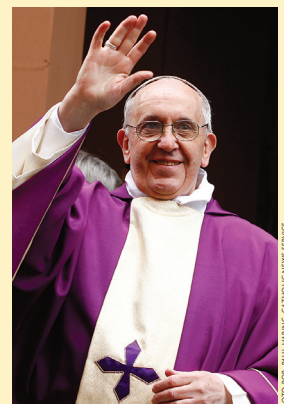


FOTO POR PAUL SAMBING, CATHOLIC NEWS SERVICE